

El Fusil

Siglo II.—Año XV.—Disparo 738.

SEMANARIO RADICAL
ÓRGANO OFICIAL DEL SENTIDO COMÚN

OFICINAS
Calle de Pizarro núm. 14, 1.º izquierda.

PRECIOS
Provincias (un año)..... Tres ptas.
Extranjero (dos años)..... Dose »
Número suelto corriente..... 5 cént.
» » atrasado..... 25 »

Para los paqueteros á 3 céntimos.
(Desde 5 ejemplares en adelante).

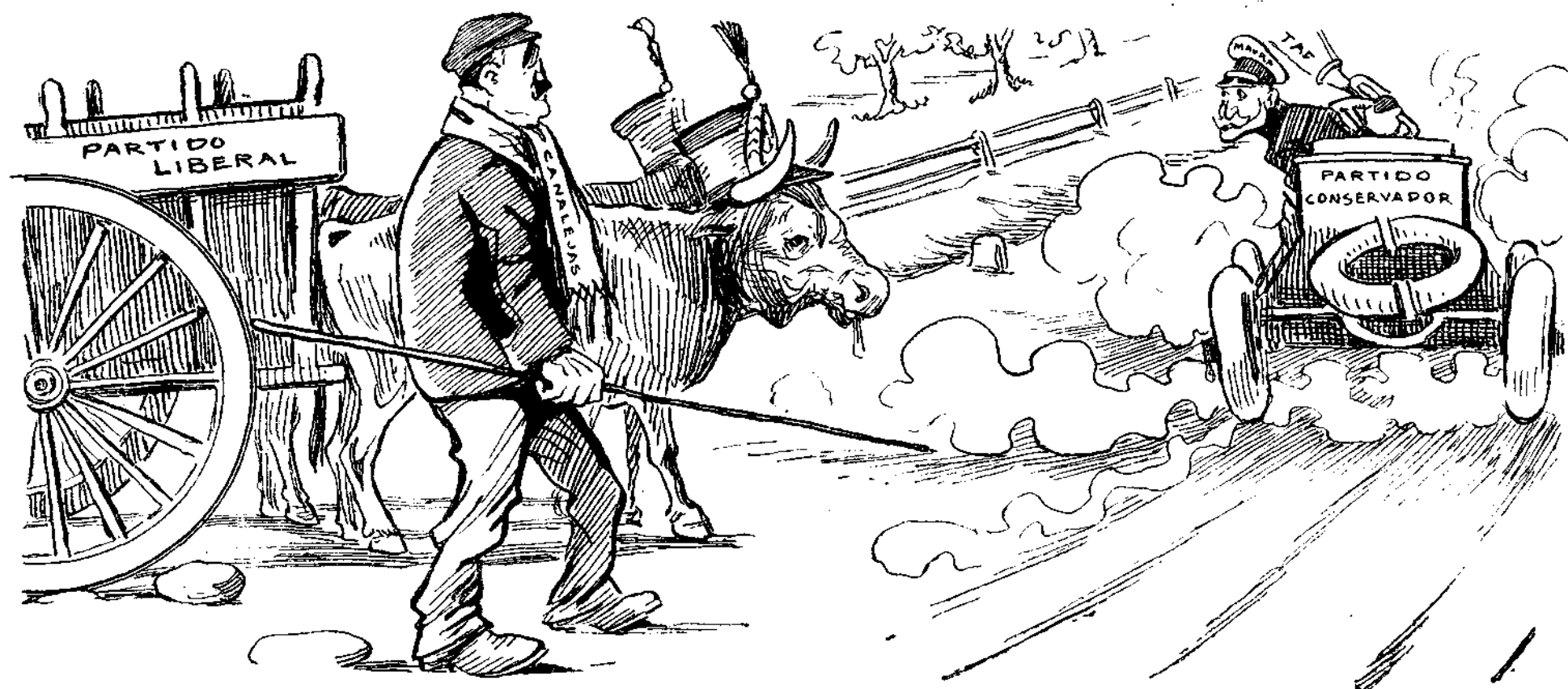
PAGO ADELANTADO
En libranzas del Giro Mutuo ó de la Prensa, Giro Postal, sobre monedero, cheque ó letra de fácil cobro.

NO SE ADMITEN SELLOS
Toda la correspondencia al Administrador
D. José Arrufat.

Madrid 26 de octubre de 1912.

YO TIRO SIN COMPASIÓN, — YO NO ADMITO SUBVENCIÓN; — NI ME CASO NI ME VENDO, — DE RETÓRICAS NO ENTIENDO — Y AL LADRÓN LLAMO LADRÓN

PARADOJAS DE LA VIDA



EL "CHAUFFEUR," AL BUEYERO:—¡Adiós tú, sembrador de ideas!

YA SALIÓ

MEMORIAS DE MUÑOZ VILLENA

FANTASÍA DE COSTUMBRES POLÍTICAS

por

Domingo Cirici Ventalló.

Un tomo de más de 200 páginas: DOS PESETAS

PERDIDOS Á "EL FUSIL,"

A librerías y correspondientes grandes descuentos.

¿Hubo pacto? ¿No lo hubo?

Sobre este punto, para ponerlo en claro se han pronunciado una docena de discursos en el Congreso, y, naturalmente, el punto ha quedado más turbio de lo que estaba. Es lo que ocurre siempre en los discursos parlamentarios.

De todos modos algo se puede deducir de tan profusa charla. No una afirmación concreta, precisa, categórica como convendría, pero sí una presunción bastante razonada. Yo creo, por lo tanto, que entre el gobierno y los obreros no hubo pacto para poner término al conflicto ferroviario.

Y creo esto por dos razones de gran

peso, de más peso que Barroso y Aguilera juntos (432 kilos y 313 gramos, los dos en bruto). La primera razón es que el gobierno democrático del señor Canalejas procede en todos sus actos con una formalidad tan exquisita, que es metafísicamente imposible que se comprometa á algo y no lo cumpla.

Y la segunda razón estriba en la entereza varonil de ese gobierno que no le permite pactar con nadie, absolutamente con nadie. Tiene trazado su programa en cuanto á su política general y permanente, y acuerda sus resoluciones en los diversos puntos circunstanciales con arreglo á las exigencias del programa, y á los dictados de su conciencia, de la justicia y del interés público, y no le hacen torcer su brazo ni oscilar en su pedestal todos los terremotos, todos los huracanes, todas las galernas habidas y por haber en los mares políticos y en las tierras sociales.

El señor Canalejas, arquetipo de la formalidad y de la entereza de carácter, no conoce las veleidades del entendimiento ni las flaquezas de los nervios. ¡Es todo de una pieza! No es como el acero templado que se dobla y no se rompe, sino como el hierro fundido que se rompe y no se dobla.

El día que tenga, por caso de fuerza mayor, que dejar incumplida alguna pa-

labra, el día que necesite pactar con alguien sus resoluciones de gobierno y andar en chalanos con las oposiciones y en componendas con los diversos elementos del partido, aquél día Canalejas dejará de ser presidente del Consejo.

Podrá Maura ser dúctil y maleable como cera; él no puede; se lo impide su historia ya larga de invariable consecuencia política y de no rectificad uniformidad de conducta. A Canalejas lo arrancaron de una cantera de mármol, lo tallaron de un sólo bloque y lo arrojaron al escenario de nuestra política, diciendo:—¡Ahí va eso!—Y aquí quedó en la postura en que cayera, firme, serio é invariable. Mueve sus hoy pintadas cejas, pero esto es por coquetería de hombre; agita los faldones de su chaqué, pero esto es por culpa del sastre. Como político y mucho menos como gobernante no mueve nada. ¡Nada!

Por estas dos razones es por lo que yo creo que no hubo pacto entre el gobierno y los obreros para poner término al conflicto ferroviario. Dirá lo que quiera el compañero Cardoncillo, afirmará lo que guste el señor Amado; asegurarán lo que tengan por conveniente los señores Salvatella é Iglesias (D. Emiliano), Iglesias (D. Dalmacio) é Iglesias (D. Pablo): de todos estos y de todo el mundo se puede poner en duda sus palabras. De Canale-

jas, no. Lo dijo el actual presidente del Consejo de ministros, y punto redondo. Tableau. Roma locuta. Y lo que él aquí escribió mantenido está por él. Se acabó el carbón. Etcétera, etcétera.

Pudo haber error de interpretación por parte de los que afirman que hubo pacto; pudieron oír mal los que fueron luego aconsejando que se volviera al trabajo por haberse comprometido el gobierno á satisfacer, por medio de una ley, las principales demandas de los ferroviarios; casi era de creer que hubo pacto y compromiso desde el punto en que no eran desmentidos por el señor Canalejas los que se valían de este ardid, de este error ó de esta falsedad para apaciguar las alborotadas aguas ferroviarias haciéndoles volver á discurrir tranquilas por sus cauces normales.

Pero ya se ha desmentido después y es igual, aunque para mí, no era necesario. Conozco la seriedad y entereza del señor Canalejas para tener por seguro que no hubo pacto.

¿No lo ha cumplido? Pues es que no lo hubo. ¡Canalejas cumple siempre lo que promete! ¡Siempre!

Para ser buen fusilero
hay que armar un compañero.
De la perfección en pos
va el que logra armar á dos.

¡ABRIGARSE!

Señores y caballeros, mendigos y millonarios: conservadores y ácratas, militares y paisanos:

Octubre toca á su término, y tras de sus días plácidos el terrible invierno avanza y esto nos llena de espanto.

Porque, como siempre, oh, cielos, nos sorprende sin un cuarto, y con Navarro en Hacienda, ¡que es lo más grave del caso!

Nuestro dispensero insigne, es decir, nuestro Navarro, se pasa tirando líneas el día, y haciendo cálculos para enjugar nuestros débitos y que al fin todos podamos comer pavo en el invierno y gallina en el verano.

¡Abriarse! Porque el frío viene, haciendo más estragos que Canalejas, con todos sus súbditos democráticos.

¡Abriarse! Porque el viento furioso, potente y áspero, lanza rugidos de fiera en los inmensos espacios.

Entra en batalla la estufa que es objeto aristocrático, y en la vivienda del pobre funciona el brasero clásico, en torno del cual los padres hacen números y cálculos, piensan en amor las niñas y duerme tranquilo el gato.

Sólo al gran Montero Ríos el frío no causa espanto, pues tiene muchos gabanes y mantas para ahuyentarlo.

A él no le importa que el frío cause víctimas y estragos ni que los hielos de enero nos pengan como carámbanos.

Que mientras él tenga estufas, carbón y leña de largo, lo que á los demás les pase á él no le importa un rábano.

Hasta los gatos...

En la mesnada política que acaudilla el señor Canalejas hay nulidades, hay hombres insignificantes; pero como don Félix Suárez Inclán yo creo que no hay ninguno.

Don Félix llegó á ministro de la Corona, no por propios méritos, pues todos sabemos que no ha tenido ninguno, sino porque Canalejas se impuso á sí mismo la obligación de proteger á todos cuantos Suárez Inclán que por el mundo han sido.

El señor Suárez Inclán, sesudo ministro de Fomento, diez años ha, pasó ratos muy amargos en cierto viaje por Asturias, y allí desaprovechó la ocasión, esa ocasión que sólo se presenta una vez en la vida, de hacerse persona.

Don Félix dejó de ser ministro, con el derecho de cobrar 7.500 pesetas al año; y con esto debiera haberse contentado.

Pero don Félix es ambicioso, y soñó de nuevo con un ministerio, con el de Hacienda, donde demostraría que, en cuestiones financieras es capaz de realizar la segunda edición del milagro de los panes y los peces.

Canalejas, que se lo sabía de memoria, no le dió la apetecida tajada en el banquete democrático-ministerial, y don Félix devoraba en silencio aquel olvido, aquella ingratitud de don José.

Don Félix vió que por el banco azul desfilaran nulidades políticas como Amalio Jimeno, Burrell, Alonso Castrillo, Gasset, y para él, ¡ay, triste! no había una mísera piltrafa.

Un día se le designó para presidir la Comisión de Presupuestos.

El cargo, no obstante su importancia, no tiene coche, sueldo, ni gratificación, ni cosa que le valga, y esto comenzó á

exasperar á don Félix en términos alarmantes.

—Usted no debe tolerar el abandono en que le tiene Canalejas,—parece que hubieron de decirle sus íntimos.

—Esto durará hasta que yo me incomode, y ponga sobre la mesa mi genio.

Pero pasaba el tiempo; la etapa canalejista tocaba á su fin, y don Félix no había sacado su genio á relucir ni había puesto nada sobre la mesa.

Los amigos insistían, porque don Félix, como todo hombre político, tiene en torno suyo unos cuantos pasantes, que esperan algo de él, cuando llegue la hora de chupar del bote ministerial.

En la gestión, como Presidente de la Comisión de Presupuestos no hizo nada de particular, y sus sueños de pasar desde tal presidencia, se desvanecieron como la sal en el agua.

Y los amigos siguieron insistiendo, apurándole más cada día, porque veían que la ocasión de comer caliente se les escapaba de entre las manos.

Por fin, don Félix tuvo un gesto de energía, con la inoportunidad de coger á Canalejas en un momento de mal humor, cuando don Pablo y don Rodrigo le estaban dando un sobro más que regular.

Y ¡claro es! don Félix pagó el pato, y fué víctima del mal humor de su gran amigo de toda la vida y decidido protector.

Don Félix acaso vuelva á ser Ministro, porque España es el país donde ocurren las cosas más raras y más estupendas; pero me parece que no será con Canalejas.

¡Ah! Quién sabe si este rasgo de energía lo hubiera tenido Suárez Inclán durante aquel viaje por las montañas de Asturias, otra sería su suerte.

Pero ya lo dijo el clásico: «El que nace para ochavo»...

EL FRACASO DE CANALEJAS

—Parece mentira que Canalejas haya venido tan á menos, me decía uno de sus más entusiastas admiradores. Canalejas es una de las más poderosas mentalidades de la política contemporánea. Es un orador de elocuencia soberana, elegante y enérgico en el gesto, de voz sugestiva, de razonamientos convincentes, de párrafos rotundos y de frases definitivas. Y sin embargo ahora, desde la cabecera del banco azul, habla de un modo que dá lástima, h ce unos discursos desmadejados, sin arranques tribunicios, hasta con torpezas en la expresión y desmayos en el gesto. ¿Qué le pasará á Canalejas?... Como no puedo atribuir su decadencia visible é innegable á los estragos de la edad, he de pensar que es debida á causas que radican en su vida privada, que si pueden hacer feliz al hombre, han de perjudicar al orador, al pensador, al político, al gobernante. ¿Me ha entendido usted?

—Creo haberle entendido perfectamente; pero no creo que la que usted supone sea la causa de la decadencia de Canalejas.

—Pues entonces no me explico...

—Con ó sin los hechos puramente fisiológicos á que usted alude, Canalejas, el de la mentalidad poderosa y el de la elocuencia soberana, tendría que quedar rematadamente mal en esta inverosímil etapa de su vida política. No es posible hacer admirables discursos en defensa de procedimientos diametralmente opuestos á las doctrinas, buenas ó malas, que han sido el credo y el tema y la norma de toda una existencia y de violentísimas campañas en la prensa, en el mitin y en el Parlamento. No puede ser.

En la condición humana cabe creer por error que lo blanco es negro y lo negro blanco, y defender su creencia con brillantísimos discursos que, hasta sin convencer, arrastren á las multitudes. Cabe también, con una gran mentalidad y una elocuencia arrebatadora, hacer ver que lo blanco es negro y lo negro es blanco, aunque se sepa que no es cierto, como ocurre con frecuencia en los tribunales en que un gran abogado, convencido de la injusticia de la causa que defiende, logra arrancar una sentencia favorable.

Lo que no cabe es defender brillantemente como blanco lo que siempre se ha anatematizado como negro. Canalejas hace ó quiere hacer eso, y de ahí su tremendo fracaso. ¿Cómo es posible que un demócrata de la talla de Canalejas pueda ser contundente en el razonamiento y arrebatador en la frase, defendiendo como ajustada á los cánones democráticos una ley que, no ya los de la izquierda, sino los de la derecha califican con razón de regresiva y reaccionaria?

En el teatro, un cómico de gran talento puede resultar admirable haciendo un papel de detective después de haber hecho prodigios representando un papel de bandido ó viceversa. Pero fue a del teatro, en el escenario de la vida social ó de la vida política, estas incongruencias no son posibles, y si alguna vez lo son, no pueden defenderse, y si se defienden, no permiten grandilocuencias ni razonamientos sólidos.

Cabe, eso sí, defender con brillantez, por una perversión, el error después de haber defendido la verdad, ó, por una conversión, defender con gran brío la verdad después de haber defendido el error. San Pablo fué el Apóstol de las gentes después de haber sido el perseguidor de los cristianos. Paul Féval fué el apologeta de los jesuitas después de haber sido su enemigo acérrimo. El cura Ferrándiz escribe contra la religión, que antes había defendido hermosamente con la palabra y con la pluma. Lutero... miles de casos se podrían citar de personas que han adorado lo que antes habían aborrecido, ó que han blasfemado de lo que antes habían bendecido. Pero antes de emprender el nuevo y opuesto camino han hecho un alto; en forma más ó menos explícita se han retractado ó han apostatado.

Canalejas quiere seguir siendo demócrata, radical, revolucionario en política, en religión y en sociología, y en nombre de la democracia y del radicalismo social, político y religioso, quiere usar procedimientos y dar leyes que irritan á los republicanos, descontentan á los liberales y merecen enérgicas censuras de los conservadores.

Un hombre que procede así, por elocuente que sea y por alta mentalidad que tenga, soltero ó viudo, casado con mujer joven ó vieja, tiene que hacer discursos desmayados y faltos de miga para convencer y de brillantez para agradar.

CALENDARIO

142 SEMANA CANALEJISTA

Sábado.

Bombo y platillos.

Aquí tienen ustedes á un hombre metido en un verdadero compromiso.

Yo soy enemigo de la Academia Española, tal y como está constituida, y desde esta modesta tribuna, le he lanzado alguno que otro pequeño dardo.

Pero hoy es otra cosa: la Academia ha elegido individuo de número á Jacinto Benavente, y esta elección me ha regalado una barbaridad, y me

obliga á hacer cuatro zapatetas en honor de los señores que integran la docta corporación.

La entrada triunfal de Benavente en aquella casa, nos compensa de los apreciables congruos que tienen perpetuo asiento en los clásicos sillones, y esto ya es algo.

Al fin entró al aire sano, fresco y purificador. ¡Que se repital!

Benavente es una figura literaria de primer orden; sus obras son de «las que quedan», y entra en la Academia por derecho propio, sin haber nada al favor ni al empudrazco.

Con motivo de la elección de Benavente, el señor Saralegui—el candidato competidor de Benavente,—ha recibido la segunda edición de las calabazas.

El señor Saralegui, un perfecto desconocido, llamó el año pasado á las puertas de la Academia, y claro está, aunque iba bien acompañado, le dieron con la puerta en las narices.

¡No podía suceder otra cosa!

Pero ¡indudablemente! el señor Saralegui es terco como un hijo de la antigua España, y no obstante aquel fracaso, vuelve de nuevo á la carga, ¡y nada menos que poniéndose enfrente de Jacinto Benavente!

Los habrá tozudos; pero ¡caramba! como el señor Saralegui no conozco ninguno.

En fin, tanta es mi alegría, que soy capaz de olvidar por unos cuantos días los dramas y cantares que hicieron académico á Mariano Catalina.

¡Si estaré contento!

Domingo.

El viejo Montero.

Los españoles, entren todos y salza el que buenamente pueda, no tenemos perdón de Dios.

Llevamos cincuenta años soplando al viejo Montero Ríos un fracasado en todo, menos como padre de familia, y aún cometemos la tontería de tomarlo en serio, y de preocuparnos de sus gestos.

¡Tenemos cosas como para que nos degüellen del todo!

Y si no vean ustedes lo que ocurre ahora. En el mundo mandillo político hay una marejada horrible, y el gobierno, aunque tiene hombres de tanto peso como Barroso, oscila, y está á punto de irse á paseo.

Y todo ¿por qué?

Pues porque al señor Montero Ríos se le ha atragantado el proyecto de las mancomunidades.

¡Ah! Si Canalejas poseyera esa energía de que alardea ¡qué ocasión para dar el golpe de gracia, inutilizando para siempre al cuclote gallego!

Pero ¡ay! á Canalejas se le va la fuerza por la boca, y tiene el pesarito de perder todas cuantas ocasiones le presenta la fortuna para desprenderse de un amigo tan molesto como Montero Ríos.

A todo esto, los yernos y los hijos del viejo zorro siguen cobrando del Presupuesto, y esto revela dos cosas: ó que son muy frescos ó que les tiene muy sin cuidado la actitud de su ilustre pariente.

Canalejas es la más loco de lo que está de ordinario, buscando una fórmula para evitar que Montero abandone á Presidencia del Senado.

¡Pues está! Canalejas es tanto de solemnidad!

¡Dimitir Monte ó Ríos...! Antes la muerte ó el chocolate de á peseta que es lo mismo, ó por lo menos, cosa muy parecida!

Montero no abandona aquel memo, aunque lo echen á escobazos, que será el regreso á que haya que apelar para vernos libres de su persona.

Lunes.

La seguridad en Madrid.

Pues, señor, nadie diría que vivimos en Madrid, en la capital de España; con una guarnición de diez ó doce mil hombres; dos mil quinientos individuos de policía y seguridad, una Jefatura superior, una Comisaría general caplénidamente retribuida; diez comisarías de distrito...

Porque lo ocurrido en el Banco de España es de esos hechos que no tienen nombre, y que se preñan á toda clase de comentarios de los más desagradables...

¡Un atraco en el Banco de España y durante las horas de despacho!

Si nos dijeran que eso había ocurrido en el propio Rif, antes de que nuestras tropas lo ocupasen, nos parecería una exageración, una fantasma más ó menos morisca; pero en Madrid, en la capital de España, en nuestro primer establecimiento de crédito, es de lo más estupendo que se ha visto ni se verá en la época de la dominación canalejista.

La policía anda loca por ahí, buscando á los autores del atraco del cobrador de la casa Sainz, los cuales irán, como Dios Nuestro Señor no haga un milagro, á hacer compañía al asesino de la mujer de la calle del Grafal, á los de don Valentín Huertas, á los del cara Meliá, al de Vicenta Verdier...

¡Y que para esto nos gastamos tantos millones en policía!

Y que el atraco estaba premeditado con habilidad suma. No cabe duda, porque el parche de pez

que los atracadores aplicaron á la cara del cobrador, estaba caliente y dispuesto para que surtiese, como surtió, el efecto apetecido.

Conque ya lo saben ustedes: si algún día tienen que ir al Banco á pagar ó cobrar, cuidada con los apaches!

Martes.

Algo de teatros.

Fui, como era mi deber, á la inauguración del teatro Español, y... (aunque se vista de seda, la mona...)

Yo siento mucho verme obligado á discrepar de la opinión de todos los señores del escabello en esto de la regeneración del teatro Español, confiada al futuro presidente de la República, don Benito Pérez Galdós.

Yo creo, y así he tenido el gusto de decirlo muchas veces, que la regeneración del teatro Nacional no está en manos de don Benito, ni como autor ni como director.

Porque don Benito, pese á sus admiradores y corifeos, no es autor dramático ni lo será nunca, y además, porque no entiende una palabra de teatro.

Y aun suponiendo que don Benito fuese autor y entendiese algo de cosas de telón adentro, yo tengo la evidencia de que jamás se ocuparía de nada, encomendando sus obligaciones á cualquier segundón autónimo, que nunca faltan.

Don Benito fracasa en sus gestiones, porque carece de elementos. Los autores que le han prometido comedias, no se las darán, y además, ni la señorita Moreno, como primera actriz, ni el señor Fuentes, como primer actor, son artistas del cartel que merece el Español.

Algo más entendía de cosas de teatro Ramos Carrión, y de mejores elementos disponía, y fracasó.

La temporada se deslizará lánguida y aburrida, como las dos anteriores, y al doctor Madrazo se le irán acabando los cuartos y la paciencia, sin lograr como dramaturgo, la reputación justa y merecida que ha conquistado como médico.

Y el día en que esto llegue, se tirará la manta á la cabeza, y dirá: ¡Otro talla!

Además, sepa el señor Galdós que el cargo de director un teatro, requiere una actividad y un entusiasmo que don Benito no siente ni está en edad de sentir.

El que crea otra cosa, vive dulcemente engañado.

[Lo que hubiera ganado la cirugía moderna si el doctor Madrazo le hubiera consagrado todo el dinero y todo el tiempo que ha dedicado al teatro!]

Miércoles.

Fogata de virtutas.

El anuncio de que Maura iba á hablar en el Congreso, realizó el milagro de que el salón de la Cámara popular se llenase hasta los topes.

Las tribunas estaban atestadas; en la de señoras; donde el jefe de la yeguada conservadora cuenta muchas partidarias, no cabía la punta de un alfiler. En la de la Prensa, no había medio de trabajar, porque se llenó de queridos colegas que la invadieron como país conquistado.

Los conservadores, que no tienen rentas propias, y que ya comienzan á sentir los rigores del hambre, acudieron en masa á oír el discurso de don Antonio, á ver si éste lograba echar á Canalejas.

Pero nada; como sospechábamos todos los que estamos en el secreto de las matruellerías de la política, no pasó nada del particular, y los que esperaban que el discurso de Maura determinase una crisis, se quedaron tristes como sauces borones.

[Aun no es hora!]

Maura salió del paso como pudo, para no molestar á Canalejas. No tuvo don Antonio que hacer grandes esfuerzos mentales para salir airoso del lance. Le bastó con defender la ley de huelgas, una ley democrática votada por los conservadores, que un gobierno ultrademocrático, como es el que padecemos, pretende atropellar, para poderse sueter unos cuantos días más en el poder.

Cuando Canalejas se levantó á contestar á Maura, todos nos creímos que con su elocuencia y con sus sofisticos procedimientos iba á epatar á don Antonio, y ¡otro dosen-anto!

Canalejas estuvo desafortunado y torpe como un orador primerizo. Su discurso fué inconsistente, pues nada más difícil que querer defender lo que no tiene defensa.

Los que habían acudido al Congreso en busca de emociones fuertes se declararon estafados, y fué un verdadero milagro que no pidiesen la devolución del dinero.

Como resumen de la jornada parlamentaria, puedo señalar dos discursos más, ninguno de los cuales pasará á la historia como modelo, y dos desencantos: uno, el que causó entre los conservadores la mesura y templanza de su fecho, y otro el decaimiento mental de Canalejas.

Y nada más, que, como veis, no puede ser menos.

Jueves.

Los dioses se van.

O les echan, que aunque parece todo lo contrario, viene á ser lo mismo.

D. Alejandro, el ilustre repúblico, como ya le llaman algunos de los que todavía creen en él, ha sufrido un gran quebranto en su influencia política.

La juventud radical de Barcelona le ha comunicado que se separa de la agrupación, para fundar la juventud revolucionaria.

Como se vé por este elocuentísimo dato, los jóvenes radicales han conocido á su jefe, aunque un poco tarde, y han comprendido que con revolucionarios que tienen hotel y automóvil propios, y que comen carne todos los días no se hacen revoluciones, ni si quiera simples algaradas, para justificar algunos miles de duros.

A don Alejandro comienza á eclipsársele la estrella... catalana.

Porque si esto le ocurre en Barcelona, donde más fe se tenía en él, ¿qué no le ocurrirá en otras partes de la península, donde se le miraba con recelo?

Claro es que la retirada de los jóvenes radicales de Barcelona, no causará mella sensible á don Alejandro. Todavía le quedan por ahí incondicionales, que le irán abandonando lentamente, cuando acaben de convencerse de que la República no vendrá á España traída por Lerroux.

¡Mejor pudiera traerla Maura!

Hasta ahora lo único que se ha demostrado, desde Castelar, el primer republicano español, hasta nuestros días, es que los principales enemigos de la República han sido siempre los propios republicanos.

¡A ver si ellos mismos se atreven á negar esta afirmación!

Viernes.

Victor, emperador.

—Pero, Espiridión: estás empecatado, ¡y te juro por mi ánima que no me vuelvo á fiar de tí para nada!

—No sé lo que me quieres decir, ni adonde vas á parar.

—Llevas un año poeñen lo en solfa lo de la guerra italo-turca, y á fuerza de bromas has hecho creer á las gentes que aquello era una guerra de opereta bufa, cosa que no es verdad.

—¿Cómo que no?

—Como que no. La guerra ha sido un éxito para Italia, y como prueba de ello, ahí tienes á Victor Manuel dispuesto á proclamarse emperador, para no ser menos que Guillermo II y que Francisco José.

—Pero ¿hablas en serio, M dones?

—Me extraña que me hagas esa pregunta, porque ya sabes que en todas mis cosas soy más serio que una misa de requiem.

—Pues á pesar de todo, insisten en cuanto llevo dicho. La guerra italo-turca no ha sido tal guerra. ¿Qué guerra es esa en la que no ha habido una batalla decente ni un combate naval decoroso? Todo se ha reducido á unas cuantas escaramuzas sin importancia y á otros tantos desembarcos ó simulacros de tales, y pare usted de contar. ¿Y eso es una guerra?

—Tú dirás lo que quieras; pero el caso es que Victor Manuel ya se ha mandado hacer el manto de púrpura, para la ceremonia de la coronación de emperador. Es que tu acostumbrás á tomar todas las cosas en broma, y además, no sabes que las guerras de ahora difieren mucho de las antiguas. Aquellas grandes batallas en las que desaparecían hasta los robos de los combatientes, están mandadas recoger. Ahora se pelea más á la moderna.

—Sin embargo, y aunque tengo en mucha estima tu opinión, sigo creyendo que la tal guerra ha sido una cosa cómica. Los italianos se han gastado una enormidad de lirras, y los turcos se han salido con la suya.

—A pesar de todo, Victor será emperador.

—También Lerroux es emperador... del Paralelo.

—Espiridión, un poco más de respeto, que no estás hablando de un cualquiera.

—Como quieras. ¡Siempre ha de prevalecer tu opinión!

—¿Cómo que es la que tiene más sentido común!

Descargas cerradas.

Maura, sicalíptico. Al intervenir en la discusión del proyecto de ley de reforma ferroviaria, el señor Maura habló del Tribunal arbitral, combatiéndolo. «Se llamará así, terminó diciendo, por lo mismo que se llama doncellas á todas las mujeres que no son casadas».

Los padres de la patria, y muchos de sus abuelos que estaban en el Congreso acogieron con grandes muestras de regocijo esta comparación picaresca del orador.

—Anda, hija, exclamó una mamá que con su retoño se hallaba en una tribuna. Aquí no se puede estar.

—¡Y luego decía usted de Eslava!

—Tienes razón, hija, tienes razón. ¡Miren el señor de Maura! ¿Quién nos había de decir que iba á hacer de Perrín y Palacios con ingenio?

Después que vemos al señor Maura atacando un proyecto del gobierno superdemocrático, por considerarlo atentatorio á los derechos de los obreros y animado de un espíritu regresivo y reaccionario ¿vamos á ver también á Maura contando cuentos sicalípticos y haciendo chistes verdes, y á Soriano hablando en místico y persignándose antes de empezar un discurso como hace el señor Senante?

Les digo á ustedes que si no estamos á unos cuantos meses de distancia del fin del mundo, se están viendo en éste cosas muy estrafalarias.

Defendiendo el señor Canalejas su actuación en la huelga última y sus derivaciones, ha repetido más veces que granos tiene Zancada en la cara, que aquí no se ha hecho otra cosa que imitar el procedimiento seguido en otras naciones en casos análogos.

Y siempre, al citar á otras naciones, ha empezado con Nueva Zelanda y después el Canadá.

A mí me intrigaba la cita de unos países de los que aquí, excepto tres ó cuatro eruditos como Pinofiel, Ortega y Gasset y Salillas, nadie tenía noticia. Por esto indagué la causa de esta anomalía.

Después de muchas averiguaciones, conseguí saber que Canalejas leyó en el prólogo de un libro extranjero que en Nueva Zelanda se proyectaba una ley de rigor contra las huelgas ferroviarias, proyecto que había merecido elogios de un periodista sociólogo del Canadá.

De esta lectura se derivan las citas de Canalejas y sus medidas contra los obreros ferroviarios españoles.

¡Oh, es un portento el señor Canalejas como sabio y como gobernante!

En las reuniones que ha celebrado la minoría republicana de la conjunción ó de la intersección para ocuparse de los asuntos candentes (huelga ferroviaria y proyectos de ley ídem) ha brillado por su ausencia el canario asturiano Melquiades Alvarez, por parecerle bien lo hecho y lo que proyecta hacer el gobierno.

El señor don Melquiades se pasa la vida alternando las campañas contra la plutocracia para hacerse un nombre y un prestigio, y las de alargar la mano para cobrar los pingües sueldos que las empresas plutocráticas le tienen asignado para defender sus intereses.

Y ahora estaría ocupado cobrando de los plutócratas. Por eso no ha podido ocuparse en defender á los obreros.

El señor Vincenti, el más copioso de todos los charlatanes del Congreso, dijo el otro día que se constituía en pararrayos para detener la tempestad (una pequeña tempestad que el señor Suárez Inclán amenazaba hacer estallar en el seno de la comunidad liberal democrática).

—¡A la escuela!

—¡Suspensio!

—¡El pararrayos atrae las chispas eléctricas y no detiene tempestades!

—¡Y eso que es telegrafista!

Con estas y otras más realistas frases fué acogida la metedura de remo del yerno de Montero Ríos y jex-director de Instrucción pública!

Y es muy posible que el que ignora el objeto del pararrayos, haya tronado contra el oscurantismo y contra el ignorante Felipe II que no hizo colocar pararrayos en el Escorial.

En Almería parece que van metiendo en la cárcel á gran número de personas, algunas de muchas libras, por resultar complicadas en los robos y defraudaciones de aquella delegación de Hacienda. Se cuentan horrores. Desde hace mu-

chísimos años se venía allí robando á calzón quitado, haciéndose grandes fortunas por este procedimiento.

¿Pero es posible que en tantos años y siendo los robos de tal cuantía no llegara la menor noticia, el menor tufillo al ministerio de Hacienda? Ese ministerio de Hacienda que gasta tantos millones en pagar empleados que husmeen en donde se guisa la menor brizna de defraudación al Erario ¿no tuvo nunca la menor sospecha del enorme chanchullo, y ha sido preciso que los robos llegaran á tal extremo que los ladrones no tuvieron más remedio que pegar fuego á los archivos de la Delegación?

¿No es de suponer que, además de los autores materiales, de los robos, habría altos personajes encubridores por razones metálicas ó por razones políticas?

Si tengo humor para ello, yo seguiré el curso de estos procesos. Yo me enteraré de la condenas, si las hubiere, y del tiempo que tarda en venir el indulto para los condenados, de las personas que gestionen los indultos y de los ministros que los concedan. Porque á veces

del tirón que da el presidio...

Después de escribir las líneas precedentes leo que el Boletín de la provincia de Orense cita, llama y emplaza á Daniel Marco Olmos, cuyo paradero se ignora, acusado del desfalco de un millón de pesetas, cometido siendo arrendatario de contribuciones de dicha provincia. También se cita, llama y emplaza á ocho funcionarios de la Intervención y á los herederos del tesoro y oficial de tesorería, ya difuntos.

Esto hace suponer que en Orense se ha descubierto otra gazapera como la de Almería. ¿A qué provincia tocará ahora la vez?

¿Conque esas tenemos, caray? ¿Para engordar ladrones con uniforme y credencial es para lo que el Fisco nos estruja y nos acogota á impuestos?

Será cosa de enterarnos bien, antes de pagar los recibos á los recaudadores, de si nuestro dinero irá al Tesoro ó se lo comerán los ladrones de la Delegación correspondiente.

Porque, si ha de ser esto último, es lástima quedarnos sin comer y sin camisa para pagar los recibos.

HA SALIDO YA

el amenísimo libro de

DOMINGO CIRICI VENTALLÓ

“Memorias

de Muñoz

Villena”

(FANTASÍA DE COSTUMBRES POLÍTICAS)

Precio: 2 pesetas.

De venta en esta Administración.

¡OJO!

Prima á los fusileros.

Mediante la cantidad de TRES PESETAS, más 40 céntimos para franqueo y certificado, los fusileros podrán adquirir las tres morrocotudas obras

“Memorias de Muñoz Villena”
 + “Constitución de Fusilandia” +
 y “Cuadros Vivos”

Los pedidos, acompañados de su importe, á la Administración de EL FUSIL, Pizarro, 14, primero izquierda.

